

Murcia, 3 de diciembre de 1975

Querida Merceditas:

Refiriéndome a los pasados sucesos, vuelvo a enviarte algunas fotografías que te emocionarán, sin duda. Para que de una vez sepas lo que ha significado Francisco Franco para vosotros, piensa que sin él, tu marido, Francisco Guerrero Sáez, sería hoy un empleado del Banco Español de Crédito, en Murcia, y no diplomático y “hombre que ha logrado ajustar sus ingresos a sus gastos”, según feliz frase tuya.

Igual que yo, opina Moisés López Moreno y Antonio Abellán Cebrián, vuestros amigos. El último sostiene que mi error estriba en repetir constantemente una proposición tan sabida, por lo cual mantiene que tienes perfecto derecho a exclamar: “¡Ya está bien!”

Respecto a mí, tengo la intuición de que he de morir pronto, tal vez antes de un año, tal vez antes de unos meses. Estoy conformado con ello, como tu padre lo estuvo.

Hace años escribí así:

Azenaia,
mi corazón se alegra
y mis huesos ríen
si estoy junto a ti.

(*Mandarines*, página 595)

Ahora, que presiento la muerte, no puedo legar a la Humanidad un testamento tan hermoso como el del Caudillo. Empero, dejo para ti una despedida que así dice, como final de nuestra engañosa historia: “¡Mierda!”

Y ésta es mi despedida.

Miguel